La poesía de Manuel Altolaguirre

En una pequeña colina sobre la orilla derecha del Manzanares, frente al perfil de la ciudad y cerca de la masa verde de la Casa de Campo, está el cementerio de San Justo. Entre cipreses y mármoles de Sacramental romántica se guarda el cuerpo de Manuel Altolaguirre, roto por los caminos de Castilla cuando, tras mucha ausencia y nostalgia, «era España, no sueño» —como en el poema que le ha dedicado Garcíasol— lo que se abría hermosamente ante sus ojos siempre jóvenes.

La Sacramental de San Justo no es uno de esos terribles archivos de muertos de las grandes ciudades, sino un jardín decimonónico con viejos árboles y lápidas cubiertas de verde, con fechas de inscripción borrosa y epitafios en quintillas o en octavas reales, espeluznantes y conmovedores que, leídos fríamente, hoy nos pueden sonar ridículos. Pero hay paz para pensar en los muertos, y en su sosiego triste no desdice la tumba de un poeta que, como Manuel Altolaguirre, es, en el fondo, un poeta romántico. Porque lo que caracteriza su poesía, mejor que los temas y mejor, claro está, que la forma, es la actitud, el talante. Altolaguirre, idealista, intuitivo, visionario, busca la poesía de lo inefable y cuando su sensualidad de buen andaluz le aporta un mundo vivo de cosas reales, él las toma para sí como desrealizándolas y haciéndolas sustancia de su intimidad. Como los románticos más puros, toda su poesía es un meterse en sí y una agridulce emoción, el amor se traduce en

conmovidas hipérboles, y contempla las nubes como símbolos de libertad errante y soñadora, siente a veces un vago «cansancio de estos vestidos» y presiente —él, tan alegre y vivaz, según nos lo pintan aquellos que bien lo conocieron— su propia muerte, aunque sea con más belleza que patetismo:

Mi vida está enamorada
su prometida es la muerte
. . . . . .
Ven muerte que soy un niño
y quiero que me desnuden.

Todo esto se nos revela una vez más ante el volumen de su obra completa y recién aparecido en edición[1] que él hubiera elogiado. Treinta y tres años de una obra uniforme y amorosamente mantenida —para él la poesía es una «manifestación amorosa»— desde la adolescencia a la madurez, sin relámpagos de sorpresa, pero sin lagunas ni claudicaciones.

Comienza la obra de Altolaguirre, a los veinte años, con unos poemas en los que se mezcla el gusto por la imagen creadora, con una cierta gracia ingenua y el acento neopopularista de la época.

Imagen creadora que, a veces, adopta la forma de inciso aclaratorio:

la luna —auriga de reflejos

---

[1] Manuel Altolaguirre: *Poesías completas (1926-1959)*. Colección «Tezontle». Fondo de Cultura Económica. México, 1960.

y que otras da paso a la greguería, como:

el eco del pito del barco
debiera tener humo.

Gracia ingenua, casi de colegial, en numerosos versos:

La noche –negro médico–
le toma el pulso al río
y despide a la tarde,
que se va para América
leyendo en la cubierta
de su gran trasatlántico.

Y neopopularismo que en él tenía que hallar la tierra auténtica de lo popular próximo:

Y más allá pescadores
tirando de las maromas
amarillas y salobres,

popularismo con sabor de copla y con la greguería de sazón más intelectual:

El cielo se ha despeinado,
su melena de cristal
se destrenza en el sembrado.

De estos versos adolescentes obtenemos, pues, rastros que perduran en los caracteres más definidos de

la obra total: la imagen, el «ángel» o gracia ingenua, el substrato popular. Y también la afición al tema —romántico— de la noche y la lección gongorina —recordemos esa «melena de cristal»— que no gravitó demasiado nunca pero que no se borró tampoco, como puede atestiguarlo el soneto *Riego,* de su producción más reciente. La otra lección: la que asimiló de buen grado en el magisterio de Juan Ramón Jiménez, en la pureza, de igual estirpe, de Salinas, fue perdurable y conformó su quehacer todo. Claramente se manifiesta ya en *Ejemplo* (1927), donde comienza el ahondamiento en el mundo interior: «los bordes interiores del alma», los «círculos de soledad», las «torres de ciegas ventanas», y también la decantación del verso para captar lo inefable, como «el molde de su cuerpo / que dejó en el aire al irse», una tamización de colores, un adelgazamiento de lo sutil. Cierta imagen, repetida en varios poemas, se me antoja simbólica para aludir a esta depuración poética, a este gusto por lo suavemente íntimo, lo bellamente estilizado. Esta que dice en un poema:

El sol su página plisada
entró[2] *por la rendija oblicuamente*

---

[2] Hay que disculpar, en atención a la gracia poética de los versos, el pecado venial de gramática que hace figurar un intransitivo *(entrar)* como complemento directo *(página)*. Es el privilegio del poeta.

y que vuelve en otro posterior:

Todos fueron entrando
bajo mis pies inmóviles,
como cartas alegres
por rendijas de puertas.

La finura lírica de la poesía de Altolaguirre se entra así, como página de sol, como carta alegre, por las rendijas del alma, porque así entró también, primero, en la sensibilidad del poeta.

A medida que avanza su obra, va perfilándose otro motivo muy peculiar: los árboles, y va desprendiéndose del asonante para adoptar preferentemente el poema de octosílabos blancos. Más adelante, el tema de la sombra completará al de la noche. Asimismo aflora un vago anhelo religioso que cuaja en afán de ascender a ignotos paisajes divinos.

Quiero subir a la playa
blanca donde el oleaje
verde de un mar ignorado
salpique el manto de Dios,
a ese paisaje infinito,
altísimo iluminado.

La naturaleza se muestra ante los ojos del poeta: *La llanura azul*, *Brisa*, *Pradera*, un paisaje suizo.

Pero ese mundo exterior sigue, y seguirá siempre, separado del poeta como por un cristal: a su través

lo capta y lo hace suyo no fundiéndose con él, no tomándolo objetivamente, sino asumiéndolo en lo que de valor personal tenga y manteniendo el resto aparte:

La ventana separa
el mundo de los trenes,
de los grandes vapores,
de los hombres a pie,
del mundo quieto
de un alma sola.

Sin embargo, y aunque fugazmente, la intimista poesía de Altolaguirre tangencia la temática de un dolor general, de un destino común. Luis Felipe Vivanco, en el mejor estudio que he leído sobre nuestro poeta[3], ha tenido el acierto de señalarlo así, extrayendo poemas que se agrupan bajo el título de *La voz cruel,* inserto en *La lenta libertad:*

Me admiro de ser yo
quien solitario
grite a los hombres
la verdad del destino.
Grito a los hombres plenos
y a las mujeres huecas,
les grito que el amor que les confunde

---

[3] Luis Felipe Vivanco: *Aprendiendo a ser buen lector de «Las islas invitadas»*. N.° 90/94 de *Caracola*. Revista malagueña de poesía. Málaga, abril-agosto, 1960.

no debiera romperse.

. . . . . .

Mil muertos de sus vidas brotaban,
mil muertos solitarios
que miran desde el suelo,
durante el último viaje,
la colosal estatua a la injusticia.

No eran muertos,
eran oprimidos,
seres aplastados...

Vivanco ve una relación con el tema existencial de la vida inauténtica, y descubre contactos con una corriente de angustia predecesora de aptitudes manifiestas en la poesía más actual, ofreciendo como muestra estos versos de los poemas citados:

Alzan la voz cruel
quienes no vieron este paisaje,
los que triunfaron
por la paz interior de sus mentiras.
¡Oh mundo desigual!
Mis ojos lloran
el dolor, la maldad:
la verdad humana.

Pero no volverá a darse en la obra de Altolaguirre un momento así. Andábamos, por las fechas en que tales poemas se publicaron, rozando las cruentas de

la guerra civil, de cuyo trienio salió Manuel con un manojo de poemas publicados luego con el título de *Nube temporal*. El título es ambivalente y sería curioso —curiosidad que ha de quedar ya siempre insatisfecha— saber el alcance en la valoración del autor. ¿Nube que dura algún tiempo? Ese sentido cuantitativo traería implícita una convicción de que, antes y después de lo pasajero hay algo —¿una poesía?— intemporal. Pero pudiera ser la acepción climática la prevaleciente, con propósito de aludir a la tormenta de sangre y odio desencadenada por la nube bélica. De cualquier forma, son motivos de la dramática exterioridad los que incitan al poeta. Se pronuncia el nombre de un amigo muerto, el nombre de una ciudad cercada, el del hermano perdido en la confusión, el de la patria herida. Poesía de circunstancias, en último término, en la que el poeta no abandona del todo su canto íntimo, aunque comparta la hora trágica de todos y su voz se conturbe de mayor tristeza. Aunque tenga que hacer un esfuerzo y ponerse fuera de sí, que en sí es como habitualmente se encuentra a gusto:

Es la guerra, mi voz acostumbrada
a cantar el amor y el pensamiento
llora esta vez el odio y la locura.
Fuera de sí mi voz llora el ardiente
delirio de un incendio apasionado,
llora su rojo fuego vengativo.

La circunstancia, no obstante, fue vivida con mayor decisión por el poeta y con mayor decisión llevada

también a sus poemas, algunos de los cuales han sido mutilados. Ni la *Elegía a Federico,* ni los poemas *Mi voz primera* y *La última muerte* se ofrecen ahora en su versión original.

De cualquier modo, es evidente que en la poesía de Manuel Altolaguirre todo lo que no sea voz interior, depuración lírica, es accesorio o momentáneo. El poeta es como es y se cumple precisamente en su sinceridad. Es legítimo todo lo que es auténtico y sus valores perduran, a la larga.

Por eso, la razón amorosa se mantiene, bellísimamente, a lo largo de todo el libro. Un amor en el que busca apoyo:

Apoyada en mi hombro
eres mi ala derecha

y que se compenetra íntimamente con el propio ser:

Dentro estás de mi vida estando fuera
porque cubre tu cuerpo un horizonte
de amor, igual a mi contorno,
un aire paralelo a mi figura.

La alegría amorosa puede inundarlo en un momento todo, puede, con su júbilo, hacer que

Cuando me asomé a tus labios
un rojo túnel de sangre,
oscuro y triste se hundía
hasta el final de tu alma

y la vida es un gozo y la dulzura de la amada hace crecer las bendiciones:

Bendigo las articulaciones de mis manos,
que no son como pezuñas,
porque pueden acariciarte.
Y la piel tan fina de mis labios,
porque mi sangre está más cerca de la tuya cuando te beso.

Pero el amor encierra también dolor:

Amor, sólo te muestras
por lo que de mí arrancas,
aire invisible eres
que despojas mi alma
manchando el limpio cielo
con suspiros y lágrimas.

A veces, es puro y ligero. Entonces el poeta escribe:

Es mi cariño
menos pesado que la sangre,
más leve que el espíritu,
el que se desvanece sin palabras.

Mas otras se hace densa pesadumbre y nos revela la materia y el tirón de la tierra irrenunciable:

Pero me llega el barro a la cintura
y siento los metales de las minas
en las hondas raíces de mi nombre.

Poesía amorosa nutrida por una verdad cuya forma concreta se nos hurta para ofrecernos sólo su perfume, su evocada ternura. No hay referencias ni alusiones directas sino un sentimiento desnudo de circunstancias, dejado en un puro hueso emocional.

Una delicada visión de la naturaleza, a la que aludí antes, con frecuente expresión en las referencias a los árboles, gana hondura en la última época de Altolaguirre, en sus *Poemas en América*. El árbol es un elemento muy requerido, a través de multitud de ejemplos posibles. Paralelamente, se prodiga el cauce formal del soneto, no usado nunca en los primeros libros. Muestra doblemente significativa puede ser *El vivero:*

Árboles sin infancia que ignoraron
la secreta niñez de la semilla,
como Eva, que nació de una costilla,
a ellos de troncos mil los arrancaron.

Para darles el ser nunca se amaron
las flores, ni entregaron a la arcilla
la semilla fecunda. Fue una astilla
lo que en la tierra sin piedad clavaron.

Ya están crecidos, pero si una herida
y no el amor tuvieron como cuna,
¿qué nos puede extrañar que sea el vivero

tan triste, si sus plantas sin fortuna
al hacha deben el gozar de vida,
segunda vida sin nacer primero?

El recuerdo es también manantial fecundo de esta lírica, como de honda estirpe andaluza que es. Luz nostálgica presta vida a muchos de sus versos, presta vida al poeta mismo, puesto que «escribir es nacer», nos dice en uno de sus poemas. El recuerdo, a veces, se da por una transposición del tiempo hacia adelante, en visión de uno mismo como «peregrino de la propia historia»:

Vida de amor, como un jardín cerrado,
por entre cuyas flores va perdido
el hombre que seré, el que vencido
por los años recuerde su pasado.

Me veo pasar, decrépito y cansado,
entre flores que fueron y aún no han sido,
por un jardín de amores que el olvido
para mi bien o mal ha respetado.

No otros mares y campos mi memoria
me ofrece así de claros y lucientes.
Yo, peregrino por mi propia historia,

me detengo al llegar a las vertientes,
que nieblas cubren donde está encondida
la que fue tierra estéril de mi vida.

No permitió la muerte –tan invocada por él en poemas de su primera época– que alcanzase a ser ese hombre de recuerdo que el hermoso soneto vaticina. Pero lo melancólico sí que estaba ya prendiendo con su fuego helado las ramas aún verdes de su vida

poética, tal vez también de la humana. Entre sus cualidades constantes, está la de tomarnos con delicadeza y llevarnos quedamente, como de la mano, a una bella región de armonía, vagamente triste, suavemente romántica.

Al final de su vida —una vida de poco más de cincuenta años— y a punto de clausurarse su obra —una obra de un tercio de siglo—, Altolaguirre volvió a escribir unos brevísimos poemas asonantados, con aire de copla a la que ascendía la savia popular. La imagen juvenil y graciosa ha dado paso a lo sentencioso, a unos zumos de vida, de fruto macerado.

Parece que mi destino
es el de vivir soñando.
A vida que es toda sueño
la muerte no le hará daño.
. . . . . .
En mis labios los recuerdos.
En tus ojos la esperanza.
No estoy tan solo sin ti.
Tu soledad me acompaña.

Últimos versos que nos vuelven a la memoria aquel título de 1931: *Las soledades juntas*. Y también encontramos la afloración de un becqueriano rastro:

Esta noche he sentido a mi alma
temblar en mi cuerpo,
como tiemblan en noches oscuras
los árboles secos.

Situado, en su arranque, en la esencialidad poética juanramoniana, próximo al afán de la «poesía pura», modificado por una entrañada y auténtica vena andaluza, las emociones que substancian sus poemas se perciben, latiendo, siempre, en ellos. Pero contenidas y como hacia adentro. Su poema *Las raíces* ve a éstas maternas y afanosas, ocultas en la tierra, sosteniendo a la luz hijos hermosos. Así, las motivaciones humanas, cordiales, de esta poesía, son raíces que no se muestran, sino que sustentan los hijos, los bellos versos que sacan a la luz.

LEOPOLDO DE LUIS

Rodón, 12
Madrid, 20.